

Introducción

LECTURA Y CLASES POPULARES

Antonio CASTILLO GÓMEZ

Universidad de Alcalá-SIECE-Grupo LEA

1. DEL LIBRO A LA LECTURA

Sostiene Peter Burke que la Historia de la lectura constituye «una de las versiones más populares de la historia de las prácticas» promovida por la llamada «Nueva Historia Cultural» a finales de los ochenta,¹ cuando todavía estaba vigente una cierta contraposición entre ella y la Historia de la escritura, de un lado, y la del libro, de otro. En el veintenario posterior los avances operados en dicho terreno han sido más que notorios y el cuestionamiento de la anterior dicotomía una de sus consecuencias más significativas. Además, en estos años, se ha hecho moneda corriente el empleo del concepto «Historia de la Cultura Escrita» para designar el espacio donde superar e integrar los objetos y conocimientos específicos que venían movilizando por caminos paralelos la lectura y la escritura.² Esta observación, constante en la obra de Roger Chartier, es imprescindible para entender el curso seguido por la Historia de la lectura en los últimos lustros, así como la relevancia atribuida al estudio de la materialidad de lo escrito y por ende a las disciplinas más competentes en ese menester.³ Por mediación suya, esto ha servido para otorgar una distinta dimensión al que-

¹ Peter Burke: *¿Qué es la historia cultural?*, [2004] Barcelona: Paidós, 2006, p. 81.

² Roger Chartier: «Avant-propos: Lire pour écrire, écrire pour lire», en Alfred Messerli y Roger Chartier (dirs.): *Lesen und Schreiben in Europa, 1500-1900. Vergleichende Perspektiven-Perspectives comparées-Perspective comparate*, Basilea: Schwabe & Co. AG.-Verlag, 2000, pp. 9-10. Aludo a ello en Antonio Castillo Gómez: «Historia de la cultura escrita. Ideas para el debate», *Revista brasileira de História da Educação*, 5, 2003, pp. 93-124; y «La corte de Cadmo. Apuntes para una historia social de la cultura escrita», *Revista de Historiografía*, año II, 3/2, 2005, pp. 18-27.

³ Roger Chartier: «El mundo como representación», [1989] en su libro: *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona: Gedisa, 1992, p. 52. Así mismo, «La pluma, el taller y la voz. Entre crítica textual e historia cultural», en Francisco Rico (dir.): *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, edición al cuidado de Pablo Andrés Escapa y Sonia Garza, Valladolid: Centro para la Edición de los Clásicos Españoles; Universidad de Valladolid, 2001, pp. 243-257.

hacer de autores como el bibliógrafo neozelandés Donald McKenzie y el paleógrafo italiano Armando Petrucci, cuyas aportaciones hoy día son conocidas y respetadas mucho más allá del estrecho campo de la erudición, estando presentes de facto en el centro mismo de los debates en torno a las formas de hacer Historia Cultural, sobre todo si ésta concierne directamente a la producción, transmisión y apropiación de lo escrito.

Sin necesidad de volver sobre una trayectoria suficientemente explicada en otras publicaciones,⁴ no obstante, por sus implicaciones en la presente obra, sí quisiera recordar el cambio de paradigma inherente a la evolución desde la Historia del libro a la Historia de la lectura, y no sólo. Como advertía Armando Petrucci al comienzo de los noventa, tal mutación ha conllevado una serie de novedades en el orden del conocimiento y método científico, que se resumen en éstas:

De ese modo se ha pasado de una visión estática a otra dinámica de la historia cultural, en cuyo seno ya no es posible una historia de la escritura (o paleografía) sino una historia del escribir, incluso de los escribires; ya no cabe una historia de la imprenta (o del libro impreso) cuanto una historia de la producción y difusión de los testimonios impresos de cualquier clase; ya no existe una historia de la lectura sino una historia de los modos, de las prácticas del leer; ya no existe —si se me permite afirmarlo— una historia de la literatura cuanto una historia de las prácticas literarias.⁵

Así pues, mientras que el objeto de la Historia del libro era básicamente este producto cultural en cuanto bien poseído y mensurable, de ahí el valor otorgado a la documentación susceptible de este tipo de análisis (inventarios, repertorios, catálogos, etc.); la Historia de la lectura traslada la mirada a las prácticas de uso y apropiación de los textos, entendiendo que para ello son trascendentales tanto el examen minucioso de cada objeto potencialmente legible como las huellas y testimonios dejados o generados por cada persona en su experiencia como lector o lectora. Sea la cubierta de un libro o de una revista, el formato, la disposición gráfica de cualquier escrito, la tipología de las letras empleadas, los paratextos, la elocuencia de los signos ortográficos o la relación entre escritura e imagen, por aludir a algunos de los aspectos más

⁴ Roger Chartier: «De la historia del libro a la historia de la lectura» [1989], en su libro: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza Editorial, 1993, pp. 13-40; Robert Darnton: «Historia de la lectura», en Peter Burke (ed.): *Formas de hacer historia*, [1991] Madrid: Alianza, 1993, pp. 177-208; François Lopez: *Hacia una historia de la lectura*, Valencia: Societat Bibliogràfica Valenciana «Jerònima Galés», 2005; y Jean-Yves Mollier: «L'Histoire du livre, de l'édition et de la lecture. Bilan de 50 ans de travaux», en Laurent Martin y Sylvain Venayre (dirs.): *L'histoire culturelle du contemporain. Actes du colloque de Cerisy*, Malesherbes: Nouveau Monde Éditions, 2005, pp. 127-138.

⁵ Armando Petrucci: «Presentazione», en Armando Petrucci (ed.): *Pratiche di scrittura e pratiche di lettura nell'Europa moderna*, dossier monográfico de la revista *Annali della Scuola Normale Superiore. Classe di Lettere e Filosofia*, serie III, vol. XXIII, 2, 1993, p. 382, de donde traduzco.

considerados, nada de esto puede ya pasar desapercibido a la hora de reconstruir el devenir de la escritura y su apropiación. De igual modo que tampoco han de hacerlo las anotaciones y marcas dejadas en los propios textos por sus lectores y usuarios o las evocaciones de lectura contenidas en correspondencias, diarios, autobiografías y demás escritos íntimos, pues éstas pueden tanto certificar como rebatir las expectativas sugeridas por las formas materiales o explicitadas en los discursos de cada momento histórico.

2. SIGNIFICADOS DE LO «POPULAR»

Deudores, en grado diverso, de esa evolución, los ensayos reunidos en este volumen ofrecen distintas posibilidades y estadios del paso, apuntado por Petrucci, desde una historia más estática a otra más dinámica. Su punto de partida está en las comunicaciones que se presentaron en la Sección 1ª del VIII Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita, celebrado en la Universidad de Alcalá los días 5 a 8 de julio de 2006.⁶ Bajo el título de *Prácticas de la lectura popular*, la convocatoria se acompañaba de la siguiente declaración de intenciones:

Será objetivo de esta sección el análisis de las prácticas, gestos y lugares que han conformado la lectura popular a lo largo de la historia. Entre otros aspectos, interesa desentrañar las formas en las que se ha ejercido la lectura, su relación con la materialidad de los textos leídos, la función socializadora desempeñada por el libro en determinados ámbitos y comunidades (campesinos, obreros, etc.), el papel ejercido por los diversos mediadores (lectores en alta voz, ciegos, buhoneros, etc.) y los productos gráficos ligados a la práctica de lectura (cuadernos de lugares comunes, anotaciones sobre libros, etc.). Finalmente también se contempla el estudio de las lecturas populares a través de los testimonios artísticos y literarios.

Puesto que el reclamo reiteraba expresamente el término «popular», resulta casi obligado fijarse en algunos puntos relacionados con él y con su aplicación al estudio de las prácticas culturales, o al menos de la lectura. Una historia del concepto permitiría apreciar que lo «popular» se ha movido con bastante frecuencia entre el desprecio y el rechazo vertidos sobre muchas de sus manifestaciones, que sólo tardíamente se fueron incorporando al canon de las respectivas disciplinas (la literatura o el arte, por ejemplo); y la exaltación sin más de todo cuanto llevara o lleve ese marchamo.⁷

⁶ Su crónica en Verónica Sierra Blas: «“Haciendo camino”: El VIII Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita», *Cultura escrita & Sociedad*, 2, 2005, pp. 283-287.

⁷ Para un repaso más exhaustivo de esta problemática, véase Geneviève Bollème: *El pueblo por escrito*.

Dando por sentado que hablar de «cultura popular» no entraña oponerla ni enfrentarla a la «cultura letrada», puesto que están más que probados los flujos, préstamos e intercambios entre ellas, esto no significa que el concepto carezca de validez, aunque sea para identificar tres niveles de uso.

El primero, claramente social, entiende, según lo hace el mismo *Diccionario de la Lengua Española* en algunas acepciones de la palabra, que «popular» es lo «pertene-ciente o relativo al pueblo» y, más aún, «lo propio de las clases sociales menos favore-cidas». Aunque la Academia elude valerse de vocablos con mayor calado ideológico, es claro que estamos hablando de ese sector social que algunos historiadores han llamado «gente común» o «corriente», en suma, las «clases subalternas» de acuerdo a una terminología netamente gramsciana.⁸

En relación con lo anterior y dado que no todos los miembros de una sociedad poseen la misma cultura ni tan siquiera idénticas posibilidades de acceso y expresión, un segundo nivel está relacionado con «la existencia de una expresividad propia de las clases subalternas en la producción de formas simbólicas tanto en el lenguaje y en el discurso como en la producción estética y la estilización de la vida».⁹ Como es obvio, esta óptica da preferencia a la literatura oral y escrita generada por aquéllas, si bien otros estudiosos de la «literatura popular» han considerado igualmente el repertorio de textos destinados a ese público, fueran o no creación suya. No obstante, en lo que atañe a estos últimos siempre hay que tener a la vista, como ha señalado Roger Chartier, que «lo popular no se deja definir tan fácilmente», entre otras por las siguientes razones:

En primer lugar, muy generalmente, los libros o libritos dirigidos al vulgo no tenían nada de popular en sí mismos, sino que eran textos cultos o compartidos que recibieron, en un momento dado de su trayectoria impresa, una nueva forma tipográfica, más barata y más accesible. Luego, no debe pensarse que los temas, imágenes y estereotipos que proponen los impresos publicados para el pueblo reflejan necesariamente sus maneras de pensar o hablar.¹⁰

Dado, pues, que cualquier distinción entre las llamadas literatura culta y popular es siempre incierta y problemática por el trasvase de autores, géneros, temas y moti-

Significados culturales de lo «popular», [1986] México: Grijalbo, 1990; Luis Díaz G. Viana: *Los guardianes de la tradición. Ensayos sobre la «invención» de la cultura popular*, Sendoa: Oiartzun, 1999; y Ana María Zubietta (dir.): *Cultura popular y cultura de masas. Conceptos, recorridos y polémicas*, Buenos Aires: Paidós, 2000.

⁸ A este propósito es más que pertinente la lectura del capítulo «La cultura subalterna», en Kate Crehan: *Gramsci, cultura y antropología*, [2002] Barcelona: Edicions Bellaterra, 2004, pp. 118-148.

⁹ Gilberto Giménez: «Cultura, identidad y discurso popular», en Andrew Roth Seneff y José Lameiras (eds.): *El verbo popular*, Zamora (México): El Colegio de Michoacán, 1995, p. 15.

¹⁰ Roger Chartier: «Cuatro siglos de lecturas populares», *Letra internacional*, 83, 2004, p. 39 [Publicado anteriormente en José Antonio Millán (coord.): *La lectura en España. Informe 2002*, Madrid: Federación de Gremios de Editores de España, 2002, pp. 27-44].

vos que pueden darse de una a la otra y viceversa, hace algunos años que el mismo Chartier viene insistiendo en otro sentido del concepto «popular» vinculado a la centralidad adquirida en su obra por la cultura como «apropiación»:

Lo «popular» no habita en corpus a los que bastaría señalar, inventariar y describir. Antes que nada, califica un modo de relación, una manera de utilizar objetos o normas que circulan en toda la sociedad pero que son recibidos, comprendidos y manejados de diversas maneras. Una constatación así desplaza necesariamente el trabajo del historiador, pues lo obliga a caracterizar, no conjuntos culturales considerados como «populares» en sí, sino modalidades diferentes en su apropiación.¹¹

Llevado al terreno específico de la Historia de la lectura, su propuesta traslada el punto de atención desde la categoría social de quien lee al modo de hacerlo, cuestionando que la primera sea determinante. El repaso que hace de las estrategias editoriales y formas de apropiación de las lecturas populares durante los siglos XVI a XIX invita «a considerar que cada lector, cualquiera que sea su condición social, puede ser un lector “popular” si se entiende por esa palabra un tipo de relación distanciada, crédula e incrédula, atenta e impertinente con el texto leído».¹² Un lector o lectora, en suma, que se define por su manera de relacionarse con los textos, cualesquiera que éstos sean.

Tener presente tan significativa diversidad de puntos de vista es básico para valorar tanto las propuestas que se contienen en esta obra como las concretas aportaciones de cada ensayo. No obstante, la perspectiva que prevalece es la que atiende a la situación social de lectores y oidores, de quienes leen por sí mismos o acceden a los textos por mediación de otros, de cuantos lo hacen privadamente o en el marco de una comunidad determinada. Se trata de lectores y lectoras que se corresponden bastante con el «lector común» de Virginia Woolf, es decir, quien, a diferencia del crítico y del estudioso, «lee para su deleite y no para impartir conocimiento o para corregir la opinión de los demás».¹³ Tales rasgos caracterizan una modalidad lectora distinta a la que emana de la vinculación entre la lectura y el estudio, lo que no quiere decir que las clases populares sólo busquen entretenimiento y distracción cuando leen. La experiencia pasada de algunos trabajadores y militantes obreros o la más reciente del acapulqueño José Meza González nos advierte de otras opciones. Para este último la lectura, en concreto de *El Principito*, fue un verdadero revulsivo y le hizo replan-

¹¹ Roger Chartier: «"Cultura popular": retorno a un concepto historiográfico» [1992], en su libro: *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México: Instituto Mora, 1995, p. 128.

¹² Roger Chartier: «Cuatro siglos de lecturas populares»..., p. 37.

¹³ Virginia Woolf: «The Common Reader», recogido en su libro *The Common Reader: first series*, [1925] Londres: Hogarth, 1968, p. 11.

tearse sus años de joven «punk», cuando dice que no trabajaba ni estudiaba y sólo pensaba en estar el día entero con su pandilla:

Mi vida comenzó a cambiar una noche, andando con la banda nos encontramos a una estudiante de preparatoria y se nos hizo muy fácil arrebatarme su morral; yo me quedé con sus identificaciones y un libro, *El Principito*, se llamaba, y aunque muchos aseguran que es un libro infantil, es un reflejo de la vida desde un punto de vista objetivo. Lo comencé a leer para quitarme la aburrición que tenía y me asombré de lo que contenía en su interior [...].¹⁴

3. LECTURAS PARA TODOS

Un aspecto central en la trayectoria descrita por este volumen es la entidad del arco cronológico comprendido: desde el siglo XVI hasta nuestros días. Aunque en épocas anteriores se pueden hallar rastros de una determinada «literatura de consumo», como en el mundo clásico,¹⁵ o de tipologías librescas ligadas a ambientes populares, caso de los *libri da bisaccia* de la Italia tardomedieval,¹⁶ parece indiscutible que la imprenta acarrió las condiciones de posibilidad para una progresiva conquista popular de la lectura. Por supuesto, claramente asociada a otras novedades desencadenadas también a partir de la baja Edad Media, en particular dos: 1ª) la afirmación y extensión de los respectivos vulgares como lenguas de aprendizaje y escritura, sobre todo en los sectores medios y populares; y 2ª) la ampliación de las vías y modos de alfabetización, asistida por la incidencia del arte tipográfico en la mayor difusión de las cartillas, catecismos y doctrinas empleados en la enseñanza de la lectura.

La imprenta, además, abrió nuevos horizontes a la literatura popular, plasmada desde entonces en formas editoriales destinadas a recabar la atención de los nuevos lectores¹⁷, aunque no acabara del todo con determinadas restricciones y exclusiones

¹⁴ José Meza González: «Por y para ella», en *Historias de lectura..., historias de vida*, México: CONACULTA, 2003, p. 33.

¹⁵ Oronzo Pecere y Antonio Stramaglia (eds.): *La letteratura di consumo nel mondo greco-latino. Atti del convegno internazionale (Cassino, 14-17 settembre 1994)*, Cassino: Università degli Studi di Cassino, 1996.

¹⁶ Armando Petrucci: «Alle origine del libro moderno. Libri da banco, libri da bisaccia, libretti da mano», en Armando Petrucci (ed.): *Libri, scrittura e pubblico nel Rinascimento*, Roma-Bari: Laterza, 1979, pp. 137-156.

¹⁷ Laurence Fontaine: *Histoire du colportage en Europe, XV^e-XIX^e siècle*, París: Albin Michel, 1993; Roger Chartier y Hans-Jürgen Lüsebrink (dirs.): *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, XVI^e-XIX^e siècles*, París: IMEC Éditions; Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1996; Pedro M. Cátedra: *Invencción, difusión y recepción de la literatura popular impresa (siglo XVI)*, Badajoz: Editora Regional de Extremadura, 2002; y Pedro M. Cátedra (dir.): *La literatura popular impresa en España y en la América Colonial. Formas & temas, géneros, funciones, difusión, historia y teoría*, Salamanca: SEMYR; Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2006.

de género y clase social, singularmente gravosas para las mujeres y la gente más desfavorecida.¹⁸ Sin despreciar la existencia de una intenso mercadeo de manuscritos —territorio abonado para la escritura de poesías, libelos y piezas teatrales—, fue mayor, qué duda cabe, el peso del impreso en el comercio literario de los siglos XVI a XVIII.¹⁹ De esa alianza salió un copioso surtido de «menudencias» con unas características bastante comunes: solían ser de corta extensión, textos fragmentados en unidades proclives a sesiones cortas de lectura, bajo coste de producción debido a la escasa calidad de los materiales empleados y a la desaliñada tipografía, precio asequible y venta callejera y ambulante gracias al oficio de buhoneros. Almanagues y calendarios, *broadside ballads* y *chapbooks*, los libritos de la famosa *Bibliothèque bleue*, relaciones, pliegos poéticos, coplas o comedias sueltas constituyeron lo más granado de esa producción popular escasamente «canónica».

Con la llegada a mediados del siglo XIX del llamado «capitalismo de edición», muchos de esos formatos siguieron en uso e incluso ampliaron su eco, como los almanagues, ahora extendidos a América y con notable presencia en el Brasil más actual;²⁰ en tanto que la novela y la prensa periódica culminaban la «revolución» emprendida en la segunda mitad del XVIII. Pero, sobre todo, desde los años centrales del Ochocientos la industrialización del ramo tipográfico se tradujo en el ascenso de la imprenta popular, de manera que pliegos e historias de cordel, láminas y estampas, novenas, aleluyas y, por supuesto, cuentos y novelas por entregas coparon la variopinta «librería del pueblo».²¹ Todo este corpus trataba de satisfacer las demandas generadas por un público de nuevos lectores en el que fueron ganando peso las mujeres, los niños, los trabajadores y algunos campesinos,²² beneficiarios directos de la progresiva im-

¹⁸ «Es tópicamente decir que la imprenta liberó el conocimiento y lo hizo accesible a todos. Es tópicamente, como tal tópicamente, tiene algo de mentira y algo de verdad. Lo verdadero es la cuestión de la accesibilidad, de la capacidad para crear nuevas “comunidades hermenéuticas” ya no tan vinculadas al territorio; la mentira: que la accesibilidad fuera para todos, y que favoreciese la Libertad con mayúscula», escribía no hace tanto Asunción Bernárdez: «Lectura, mujeres y poder en “El Quijote”», *Letra internacional*, 87, 2005, p. 42.

¹⁹ Manuel Portela: *O comércio da literatura. Mercado & Representação*, Lisboa: Edições Antígona, 2003.

²⁰ Hans-Jürgen Lüsebrink, York-Gothart Mix, Jean-Yves Mollier y Patricia Sorel (dirs.): *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques du XVII^e au XX^e siècle*, Bruselas: Éditions Complexe, 2003. Para Brasil, Margareth Brandini Park: *Histórias e leituras de almanagues no Brasil*, Campinas: Mercado de Letras; Associação de Leitura do Brasil; São Paulo: FAPESP, 1999. La producción, difusión y recepción de almanagues y calendarios durante las épocas moderna y contemporánea fue también reciente objeto de estudio en el simposio *Zahl-Text-Bild im Volkskalendar. Zur Intermedialität und Polyfunktionalität eines populären Lesestoffes*, dirigido por el profesor Alfred Messerli en la Universidad de Zúrich los días 23 y 24 de junio de 2006.

²¹ Jean-François Botrel: «La librería del pueblo», en el catálogo del Museo Etnográfico de Castilla y León (Zamora): *Exposición 2002-2003. EnSeres*, Valladolid: Junta de Castilla y León; Fundación Siglo para las Artes en Castilla y León, 2002, pp. 82-87.

²² Jean Hébrard: «Les nouveaux lecteurs», en Henri-Jean Martin y Roger Chartier (dirs.): *Historie de l'édition française*, tomo 3, *Le Temps des éditeurs*, París: Promodis, 1985, pp. 471-509; Martyn Lyons: «Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros», en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (dirs.): *Historia de la lectu-*

plantación y extensión de la escuela pública y de las bibliotecas populares y obreras, así como de las distintas estrategias editoriales y comerciales desarrolladas para asegurar una presencia más notoria del libro en la calle.

Mal que le pesara al «pobrecito hablador» de Larra que mucho de eso mereciera el nombre de literatura o que hasta se hablara de lectura en referencia a los carteles que podían encontrarse por las calles,²³ lo indiscutible es que la inclusión en ese surtido de algunos libros al uso más «canónico» y de bastantes impresos efímeros que no lo eran tanto, de algún modo «no-libros»,²⁴ apunta directamente a algunos de los retos que debe acometer la Historia de la lectura ahora y en el futuro. En esa dirección, es obvio, como ha escrito Roger Chartier, que lo mismo que el campo de los lectores no puede circunscribirse a las gentes alfabetizadas, el de los textos tampoco puede quedarse en las formas manuscritas e impresas de porte más libresco:

No debemos restringir el campo de los «lectores» únicamente a los alfabetizados, ni tampoco aislar los objetos impresos (libros, folletos, periódicos) de las otras formas de lo escrito: carteles impresos, inscripciones grabadas, escrituras pintadas.²⁵

Es tiempo, en fin, de una mirada amplia que asuma, como señalan hoy día los sociólogos de la lectura, que las formas de la cultura escrita y en consecuencia las prácticas lectoras son bastante más diversas de lo que puede derivarse, por ejemplo, de una encuesta que se limite a preguntar ¿Cuántos libros lee usted al año?²⁶ Desde una perspectiva histórica y actual es cuanto sugiere el acercamiento a las lecturas de las clases populares trazado en este volumen, en el que se habla de libros, en su sentido más estrecho, pero igualmente de relaciones, pliegos, periódicos, almana-

ra en el mundo occidental, [1997] Madrid: Taurus, 2001, pp. 539-589; y, del mismo, *Readers and Society in Nineteenth-Century France: Workers, Women, Peasants*, Houndmills, Hampshire: Palgrave, 2001. Para España resultan imprescindibles los numerosos trabajos de Jean-François Botrel, un puñado de ellos compilados en *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, a lo que se suma su labor como director de la Tercera Parte, dedicada al período 1808-1914, de Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel (dirs.): *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*, Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003. Éste se completa con el libro dirigido por Jesús A. Martínez Martín: *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid: Marcial Pons, 2001.

²³ «Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del día, y de lo demás no hagas caso [...]» (*El Pobrecito Hablador*, 11 de septiembre de 1832). Cfr. Mariano José de Larra: *Artículos*, edición de Enrique Rubio, Madrid: Cátedra, 2004 (20ª ed.), p. 147.

²⁴ Nicolas Petit: *L'éphémère, l'occasionnel et le non-livre à la bibliothèque Sainte-Geneviève (XV^e-XVIII^e siècles)*, París: Klincksioick, 1997; y Rosario Ramos Pérez: *Ephemera: la vida sobre papel. Colección de la Biblioteca Nacional* [Exposición, 21 de octubre de 2003-7 de enero de 2004], Madrid: Biblioteca Nacional, 2003.

²⁵ Roger Chartier: «Cuatro siglos de lecturas populares»..., p. 38.

²⁶ Asunto del que se ocupan Joëlle Bahloul: *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los «poco lectores»*, [1998] México: FCE, 2002; y Bernard Lahire (comp.): *Sociología de la lectura*, Barcelona: Gedisa, 2004.

ques, novelas, cuentos, novenas e incluso oraciones, amuletos mágicos o exvotos. Si la lectura, como dijo Michel de Certeau, tiene mucho de cacería furtiva en el espeso bosque de los textos,²⁷ es evidente que las aproximaciones planteadas en cada ensayo de esta obra desvelan otras tantas maneras de recorrer algunos de esos senderos hacia la ilusión.

(Alcalá de Henares, agosto de 2006)

AGRADECIMIENTOS

Amén de reiterar mi gratitud a las instituciones que paliaron los gastos del VIII Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita, a los miembros del Comité Científico por el respaldo que nos prestaron y a los componentes del Comité Organizador por su denuedo; sobre todo quede aquí constancia de mi deuda con Verónica Sierra Blas, coordinadora de esta edición, Laura Martínez Martín, Pablo Andrés Colotta, Jaime Pereda Martín y Débora Dziabas Pereira, miembros del Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre Cultura Escrita (SIECE) de la Universidad de Alcalá, por las muchas horas y la rigurosidad que han puesto en la revisión y preparación de los textos. A ellos les cabe todo el esfuerzo de la empresa y a mí el más modesto de organizarlo y dar coherencia al libro.

²⁷ Michel de Certeau: *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*, [1990] México: Universidad Iberoamericana; 1996, pp. 177-189.